

CAPÍTULO II.

Encadenamiento de errores.

Hemos hablado de los primeros tiempos de Martín Lutero, reproduciendo lo que respecto á esta época de su vida dijimos en nuestra *Historia de las Religiones*. Ni en el púlpito ni en la cátedra había dicho nada que hiciese sospechar su próxima apostasía. Sin embargo, un maestro experimentado de la vida espiritual, uno de esos hombres que á fuerza de estudios y de observaciones llegan á tener un gran conocimiento del corazón humano, hubiese temido por la suerte del experto doctor de Wittemberg, de conocerle á fondo y haber tenido ocasiones de observar su conducta. Era soberbio, era altivo, no admitía réplica de nadie, y estos son signos de reprobación. Jesucristo dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» El que practica, pues, la humildad se acerca á Cristo, y vive de su espíritu. Por el contrario, el soberbio, el altivo, en vez de acercarse á Dios se acerca á Satanás, de quien se hace hijo y discípulo. En la historia de la vida de los santos vemos siempre resplan-

decer la humildad como base de todas las demás virtudes que les adornaron. Si aquella les hubiese faltado, de nada le hubiesen servido las otras.

Lutero en vez de agradecer á Dios el talento que le había concedido y de humillarse en su presencia dándole gracias por este privilegio que á tantos otros ha negado, se infatuó, y convirtió aquel don en arma para combatir al mismo que se lo había concedido graciosamente. El principio de la sabiduría es el temor de Dios: cuando este falta, la sabiduría arrastra al hombre al abismo de los mayores males. Nada es más útil para la sociedad que un sabio temeroso de Dios, que guie sus pasos por las sendas de la rectitud y de la justicia; pero nada más nocivo para la misma que el sabio que infatuado busca únicamente los aplausos del mundo y la estimación de las gentes. El que así obra déjase dominar por la funesta pasión de la soberbia, y con toda su ciencia se convierte en piedra de escándalos y en instrumento para arrastrar las almas por las sendas de la perdición. Tal fué Lutero.

Llegó á la edad de treinta y cinco años, y entonces reputado ya como experto maestro gozaba de un buen nombre y era querido y respetado en Wittemberg. Tal vez habría sostenido ya terribles luchas consigo mismo porque su genio turbulento trabajaba por arrastrarle al mal camino, al camino de la apostasía y de la rebelión. No resistió más y empuñó en sus manos la negra bandera de la guerra; levantó el estandarte de la herejía para no retroceder nunca, como dice un escritor, y para avanzar de día en día con atrevimiento más determinado, á pesar de todos los obstáculos y precipicios.

Ya hemos dicho en la Introduccion á la historia de este siglo el motivo ó mejor dicho el pretexto que le hizo desmascararse y empezar su terrible batalla contra la Iglesia romana, su madre. Empezó por declamar contra los abusos tal vez reales de los cuestores y predicadores de las indulgencias concedidas por el papa Leon X. Hizo sostener con ellos repetidas veces conclusiones públicas, en las cuales la temeridad de las proposiciones iba siempre en aumento: las fijó en las puertas de la iglesia de Wittemberg, y llegó su atrevimiento al extremo de enviarlas al arzobispo de Maguncia.

Al principio parecia no separarse del buen camino, pues que concretándose á los abusos, no solamente no negó que la Iglesia tuviese poder de conceder indulgencias, sino que por el contrario decia anatemas sobre el que negase aquel poder sobre el jefe supremo de la Iglesia; pero sin embargo, pretendia que eran una relajacion de las penas canónicas, y que por consiguiente no alcanzaban á los difuntos ni les procuraban el menor beneficio. Ya le tenemos en el primer error. A poco añadió que las satisfacciones superabundantes ó infinitas de Jesucristo no entraban en el tesoro de las indulgencias, cuya virtud aniquilaba insensiblemente con mil explicaciones semejantes (1).

Ya tenemos á Martin Lutero colocado de lleno en la carrera de la perdicion. Es indudable que experimentaba remordimientos de conciencia; que sabia y comprendia perfectamente la profundidad del abismo á cuyo borde ponía los piés. La gracia no podia ménos de luchar con la rebel-

(1) Epist. Luther. ad Alb. Mogunt.

dia de su corazon: si hubiera sido humilde, si se hubiese postrado á los piés de Jesucristo pidiéndole sus Luces, la gracia habria triunfado; pero no lo hizo así, y antes por el contrario cerraba sus oídos á los divinos llamamientos, y hé aqui el motivo de que triunfase la rebeldia y corrupcion de su corazon. Ya veremos más adelante, confesado por él mismo, que en vez de consultar con Dios en la oracion, tuvo por consejero al demonio, con el que sostenia confesiones nocturnas, no diremos si reales ó fantásticas.

A partir desde sus predicciones contra los abusos de las indulgencias, ya no dió un paso atrás, sino que fué adelante. De los abusos pasó á las mismas indulgencias, y sin pérdida de tiempo á la justificacion. Entonces se oyó una doctrina nueva que no pudo ménos de causar grande escándalos, y que motivó serias discusiones entre los sabios, unos apasionados por Lutero, y otros comprendiendo suficientemente lo impío de su enseñanza le hicieron la contra horrorizados. Siempre se habia creído que para ser el hombre justificado le era necesario tener en sí la justicia. Lutero quiso que lo que nos hace justos fuese nada en nosotros; que nuestra justificacion se obra siempre porque Dios nos imputa la justicia de Jesucristo, la cual nos apropiábamos por la fé. Y que esta fé consistia no solamente en creer todas las verdades cristianas en general, sino especialmente cada uno en su corazon, y sin la menor duda, que todos nuestros pecados nos eran perdonados. Hé aqui cómo se expresaba el heresiarca: «Quedamos justificados al punto que creemos serlo, no solo con aquella certeza moral que excluye el temor y la agitacion, sino con una fé tan firme

como aquella con que es necesario creer que Jesucristo ha resucitado.»

Un error le conducía á otro. El resultado inmediato de la publicidad de esta nueva doctrina, tan contraria á la que siempre ha enseñado la Iglesia, fué el que se conmoviese toda Alemania y despues toda la Iglesia. ¿Quién era aquel hombre que de tal modo trataba un punto teológico de tanta importancia? ¿De quién habia recibido su mision? ¿De dónde habia salido? Era un sacerdote católico, un monje criado y amamantado con la doctrina ortodoxa de la Iglesia, que habia hecho profundos estudios, y que por lo tanto si enseñaba el error era porque cerraba sus ojos para no ver la verdad.

Los primeros resultados de la anticatólica enseñanza de Lutero los explica de este modo Berault-Bercastel: «El dominicano Tetzel, presidente de la comision de las indulgencias, publicó inmediatamente en Francfort del Oder proposiciones en todo contrarias; y como era inquisidor de la fé, hizo quemar públicamente las del dogmatizador. Por desgracia cayó en excesos opuestos que perjudicaron infinitamente á la bondad de su causa. Otro inquisidor dominicano, llamado Juan Hostrat, exhortó al papa á no emplear más que el hierro y el fuego para libertar á la Iglesia del hijo de perdicion que caminaba á destruirla. Por otra parte, el sabio Eckio, que era profesor de teología en Angolstad, combatió la herejía naciente con tanta sabiduria como nervio y erudicion. Pero Silvestre de Prieno, compañero de los inquisidores que acabamos de nombrar y maestro del Sacro Palacio, publicaba un escrito en que hacia al papa superior

á todos los concilios, atribuyéndole una autoridad que los mismos romanos desaprobaron; circunstancia de que se valió el novador para hacer odiosa esta potestad á los alemanes. Tan cierto es que en la defensa de la fé es muy importante no usar de otras armas que las que nos suministra la misma fé, y no dar lugar á la diversidad recurriendo á sistemas y á principios litigiosos que dejan á los enemigos de la religion la misma ventaja que á sus defensores. Sin embargo, Lutero, contra su natural, respondió á estos adversarios con bastante moderacion. Escribió asimismo en términos muy respetuosos á Jerónimo de Brandeburgo, su obispo natural; y de un modo todavia más sumiso al Sumo Pontífice, protestando que recibiria el juicio de Su Santidad como el de Jesucristo que hablaba por su boca. Puede creerse que este genio, fogoso é incapaz de disimular largo tiempo, estaba verdaderamente en la disposicion que manifestó entonces, y cuya sinceridad afirmó con frecuencia en lo sucesivo, diciendo que en aquella época no habia salido aun de sus antiguos errores. Como quiera que fuese, esta conducta le ganó bastantes protectores. Persuadiéronse de que en su doctrina no habia tal herejía, y que solo la reputaba tal la preocupacion de los ignorantes y de los prevaricadores á quienes descubria.

»Esto fué lo que le concilió principalmente la benevolencia de su soberano, el duque Federico III, elector de Sajonia, príncipe generoso y probo; pero de una piedad tan destituida de luces, que despues de haber sido muchas veces el juguete del rigorismo y de la virtud fingida, apenas puede concebirse todavia se dejara alucinar hasta este punto.

»El emperador Maximiliano vió con ojos bien diferentes esta nueva doctrina. Consternado de los disturbios que al nacer había excitado en una buena parte del imperio, escribió al papa Leon suplicándole diese cuanto antes su sentencia, cuya puntual ejecucion le prometia. Ya el maestro del Sacro Palacio había notado de herejía los dogmas de Lutero, y el papa en consecuencia le había citado para que compareciese en Roma en el término de sesenta dias (1). Leon X escribió luego al elector de Sajonia, para darle aviso de esta citacion, y no solamente le rogaba que negase toda proteccion á Lutero, sino que le exhortaba á ponerle en manos del cardenal Cayetano, legado en Alemania. Se extendió hasta á amenazar con pena de excomunion y de privacion de bienes á todos los que le protegiesen, lo que no impidió al elector y á su universidad de Wittemberg escribir á su vez fuertemente al papa en favor del acusado. Pedian que á lo ménos fuese juzgado el negocio en Alemania, é hicieron tales instancias, que el papa consintió en ello, mas con la condicion de que se trataria en Suabia donde Lutero había de comparecer ante el legado que se hallaba en Augsburgo. Pretendia el elector que los eclesiásticos de Alemania no podian ser citados fuera de sus paises, y que sus causas debian juzgarse en sus propios lugares. La universidad añadia, que Lutero nada había proferido contrario á la doctrina de la Iglesia; que solo podía reprendérsele el haber soltado en el calor de la disputa algunas proposiciones algo atrevidas, pero que ni siquiera las había dado jamás como decisiones, puesto que solo pedía escuchar y seguir la voz de la Iglesia.

(1) Rain. ann. 1518 y núm. 90.

»Aunque el juez, sacado de la órden de santo Domingo, no fué agradable á Lutero, no le recusó: el duque Federico mandó que compareciese en este tribunal, y Lutero se dirigió en efecto á Augsburgo, habiéndole antes pedido y obtenido del emperador un salvo-conducto (1518). El legado le recibió con mucha bondad, sin querer no obstante entrar en disputa, lo que no convenia en efecto ni á su dignidad de cardenal, ni á su oficio de juez. Despues de haberle representado las funestas consecuencias que podia tener este negocio y traído á su memoria sus protestas de docilidad y respeto á la Iglesia, le dijo en dos palabras que era necesario revocar los errores contenidos en sus escritos y prometer que no los volveria á sostener. Respondió Lutero que no creia haber enseñado errores, y que le rogaba señalase algunos en la doctrina que había publicado. El legado le manifestó dos principales: el primero, negar que los méritos infinitos de Jesucristo sean el tesoro de las indulgencias; y el otro, que para volver á la gracia de Dios basta creer como de fé que todos nuestros pecados nos son perdonados. Lutero, cuyo objeto no era seguramente de instruirse, dijo que en esto nada había asentado que no fuese conforme á las santas Escrituras; pero el cardenal, firme en alejar la discusion, no cesó de estrecharle á que se retractase, le amenazó con censuras eclesiásticas, y le prohibió volver á ponerse en su presencia si no obedecia. Entonces el novador, acordándose de la suerte de sus precursores Juan Hus y Jerónimo de Praga, no pensó más que en retirarse de Augsburgo. Aprovechándose del primer momento favorable, partió sin despedirse de nadie, despues de haber hecho

ffjar un acto de apelacion del papa mal informado, y refiriéndose en todo cuanto habia escrito y predicado al sentir de las universidades de Basilea, de Friburgo, de Lovaina, y sobre todo á la de París, á la que llamaba la antorcha y madre de todas las ciencias. Esta escuela distinguida no tardó en reconocer el caso que debe hacerse de estos elogios de los sectarios. Lutero escribió además al legado excusándose de su partida oculta, y aun de haberle hablado con un modo poco respetuoso; pero al propio tiempo escribió á otras partes, hasta á Roma al mismo papa, quejándose de la dureza y tiranía insoportable (tales son sus palabras), con que este cardenal queria obligarle á confesar errores, sin hacerle ver en qué habia errado. Tal fué la crisis, despues de la cual este espíritu, enfermo y lánguido en la fé, la perdió enteramente, sin que en adelante se mostrase capaz de remedio (1).»

(1) Berault-Bercastel, lib. LVIII, n. 5-7.

CAPÍTULO III.

Divinidad de la Iglesia católica.—Su superioridad sobre el protestantismo.—Satanás inspirador de Lutero.—Juicio sobre sus conferencias nocturnas con el diablo.

Existe sobre la tierra una sociedad admirable en su origen, en su constitucion, en sus leyes; sociedad que por más de diez y ocho siglos ha sido siempre dirigida por un principio constante, fijo, invariable: sus miembros se encuentran así en los paises donde el estío es perpétuo como en los de perdurable invierno. Esta sociedad se distingue en su unidad: su nombre es *Iglesia católica*. Durante el curso de su larga existencia han desaparecido multitud de sectas filosóficas. Hombres de genio, muchos de ellos dotados de un talento privilegiado, han fundado sectas y religiones pretendiendo conservar su unidad ó mejor imitar la unidad del catolicismo, como medio de conservacion y el más á propósito para balancear las fuerzas. ¿Y lo han conseguido? No necesitamos demostrar, porque salta á la vista, que han sido inútiles todos sus esfuerzos. El protestantismo ha trabajado